

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

LA EVOLUCION DE LAS IDEAS EN VENEZUELA DURANTE LA REVOLUCION DE INDEPENDENCIA.

Hasta ahora no se ha estudiado con detenimiento sino el aspecto militar de la revolución de independencia. A lo sumo, y en bloque, el aspecto político.

Es lo último que deberíamos conocer para darle sentido a la historia. ¿Qué ideas movían, qué pasiones y cuáles intereses a nuestros abuelos?. ¿En defensa de qué se batían?. Decir que se batían por la independencia, no es bastante. Ni exacto, en rigor histórico. Tan abuelos nuestros eran los que se batían por fundar el gobierno propio, como los que se batían por conservar la potestad del Rey español.

Durante la Revolución las ideas fueron evolucionando, las pasiones acentuándose de diverso modo y los intereses pasando de mano o siendo destruidos. ¿Cómo obró esto en cada uno? ¿Cómo en las distintas clases sociales?

Si no lo sabemos aparecerán los hombres moviéndose como locos o como autómatas sobre la escena pública. La historia de Venezuela resultaría—a veces resulta—un drama de fantasmas.

A los hombres los dominan y presiden la evolución humana, ideas, pasiones e intereses. ¿Cómo reacciona cada quién y, en general, cómo reacciona la sociedad, y cómo una sociedad compuesta de distintos factores étnicos, ante cada uno de esos móviles; ideas, pasiones e intereses? Eso es lo que nos interesa conocer. Vamos a ensayar una interpretación.

La guerra de independencia se complicó al principio, durante lo más crudo de la guerra a muerte (1812, 1813, 1814, 1815, 1816 y 1817) con una guerra social, en aquella sociedad dividida en castas. Recordemos que la casta principal era rica, las castas inferiores pobres y la última esclava.

Durante la colonia existían socialmente compartimentos es-

tancos: cada casta, cada color, en su casilla, sin que pudiera salirse de allí. Ni siquiera los *blancos* llamados de *orilla*, podían alternar con los blancos de primer orden. Los pardos, menos. Y los negros, menos aún. El que salía de su casilla quedaba descalificado. Había uniones, claro; pero clandestinas, fuera de la Ley moral y de la legalidad social. La fortuna pública estaba dividida desigualmente. Grandes fundos rurales en manos de la clase criolla privilegiada. El comercio lo ejercían particularmente los españoles, dueños absolutos del poder público. Los artesanos eran los pardos. No había industria. Los campos los cultivaban esclavos negros.

Sobrevino la revolución de independencia, iniciada por el elemento superior de la colonia que era el único que podía intentarla. A pesar de la rivalidad y celos latentes entre los españoles y los criollos, muchos españoles europeos de ideas liberales simpatizaron con los españoles americanos que la habían empezado. En cambio, el pueblo, sobre toda la población de los campos, sostuvo a los realistas.

Las primeras sediciones contra los patriotas fueron realizadas por los isleños de Canarias de los que se contaba gran número en Venezuela, no por españoles peninsulares. En escaramuzas y dimes y diretes sin importancia transcurrió un año. En 1811 empezó la lucha armada, porque unos defendían la República, ya declarada, y otros al Rey.

En cuanto empezó la lucha armada los isleños y los peninsulares con muy hábil política se apoyaron en los pardos y ganaron su simpatía, explotando la lucha sorda de castas, existentes durante la colonia; y las diferencias, rivalidades y aún odios dormidos que la guerra iba a despertar. Por eso la guerra manifestó caracteres tan dramáticos en Venezuela y asumió, sobre todo al principio, carácter social.

Los españoles, como se mira, fueron por necesidad más liberales que los criollos e iniciaron, en forma de pugna, la evolución democrática. Pero en los criollos también existía un sentimiento democrático y no de interés momentáneo sino de principios—hasta habían renunciado muchos de ellos a sus privilegios— y también se apoyaron en el pueblo. De ahí la guerra civil.

El pueblo en su mayoría, no creyó al principio en el triunfo de los patriotas. Creyó en los que habían dominado siempre, en los españoles; y en el derecho y en el poder de aquel ente sagrado y mitológico a quien nunca había visto, pero en el nombre del cual se hacía todo: el Rey.

Hasta entonces nada demostraba que luchase un pueblo por independizarse de sus opresores.

El pueblo acompañó a Monteverde, acompañó a Boves, y a cuantos caudillos espontáneamente levantaron bandera por el Rey; Yáñez, Antoñanzas, etc., y más tarde Morales, Calzada, tantos otros.

Los primeros nativos en favorecer la cuna del Rey fueron el indio Reyes Vargas, el mulato Andrés Torrealba y el negro Palomo, hombre de confianza de Monteverde: tres hombres representativos de tres castas. Y después la incontable mayoría de venezolanos de toda Venezuela: los guariqueños de Antioñanzas, los barineses de Tizcar, los corianos de Ceballos, los zulianos de Miyares, y los llaneros de Boves.

Los habitantes de las ciudades, aunque no unánimemente, se agruparon como más civilizados, en torno de los Concejos Municipales. Pero la mayoría del pueblo venezolano defendió la opresión y derrocó por dos veces la República: contra Miranda en 1812 y contra Bolívar en 1814. Obraba así porque carecía de conciencia nacional.

Conciencia nacional la fué adquiriendo poco a poco, por medio de la misma guerra, que despertó su dormido sentimiento de innato patriotismo y por medio de la incesante prédica de ideas liberales, verdaderas Cátedras de Derecho político, como ha dicho Mancini, que establecieron por la palabra y por la pluma algunos hombres superiores. El primero, Bolívar.

Bolívar se propuso cambiar aquella guerra social en guerra de independencia. El primer paso lo dió con su Proclama de guerra a muerte. Ser americano era una cosa y ser español otra: luchaban dos patrias, dos banderas. Después con discursos, mensajes, periódicos y una legión de publicistas civiles y colaboradores militares.

En algunas regiones como en los Llanos de Apure, ésta fué obra del tiempo y no de prédicas sino más bien de contagio. Más hicieron héroes vernáculos como Páez con la lanza en la mano ganando combates y creando el orgullo de tribu—que era el patriotismo de los llaneros—que propagandas organizadas y conscientes. El sentimiento nacionalista, ya despertado, hizo lo demás.

Los venezolanos fueron patriotas y ya nadie pudo vencerlos; ni los mejores y más aguerridos ejércitos europeos, ni las más numerosas Escuadras; ya nadie pudo detenerlos y se fueron tras el caballo de Bolívar, América adentro, hasta los confines australes, ganando y perdiendo batallas pero imponiendo en el continente la libertad, que ya conocían, la República que ya amaban y la Democracia connaturalizada instintivamente en toda América con los hijos del Nuevo Mundo.

Pero no todos fueron tan decididos ni lo fueron de súbito. Siempre quedó una buena parte del pueblo con los españoles. Pagaban o prometían pagar los españoles buenos sueldos en los ejércitos regulares. En cuanto a los cabecillas espontáneos convidaban al pueblo con el saqueo de las poblaciones. Algo lograban, ellos que no tenían nada, y satisfacían venganzas, ellos que probablemente habían recibido ofensas. De patria no sabían nada; ni comprendían, sobre todo

al principio, la idea de independencia política. Reyes Vargas, que después se pasó a los patriotas, dijo bien claro en un documento público que defendió al Rey porque no sabía lo que era la patria. Los que comprendían, no creían posible la independencia.

Con tales elementos en pugna, la guerra naturalmente se prolongó mucho. Hasta que la ignorancia abrió los ojos y comprendió que el interés nacional era anterior y superior al interés particular y que, además, no colidía con él. Las distintas clases o castas fueron fraternizando, al comprender que el interés nacional las unía a todas.

Así se inició la evolución democrática y fué desgracia que no se alcanzara por ascensión del nivel político popular sino por movimientos de violencia prolongada en que el tiempo fué el más decisivo colaborador.

En los primeros años de la Revolución, mal podía existir conciencia nacional en América y comprender las colonias su interés, seguirlo y defenderlo.

En tiempos de la colonia, o sea del absolutismo, no se consideraba que los Pueblos tuviesen Derechos que oponer a los Reyes, ni pudiesen obedecer a principios, ni que sus destinos pudiesen colidir con el de las Metrópolis, ni el derecho de los ciudadanos—los llamaban súbditos—con el de los Monarcas, fuente de toda autoridad, de toda legalidad y ante quien debía sacrificarse todo. Sólo la Majestad divina podía rivalizar con la humana y ambas eran aliadas, según la vieja fórmula del Trono y el Altar.

El español con ser tan altivo y haber gozado en tiempos de la monarquía castellana, anterior a la austriaca y a la borbónica, relativas libertades, decía en el siglo XVII, por pluma de Calderón:

*Al Rey la vida y hacienda
debo dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.*

En las colonias no había exclusiones: del Rey eran vida, hacienda y honor. Del Rey y de sus representantes ultramarinos. Eso, en principio. En realidad, había latitud y liberalismo, a condición de no ponerlos a pruebas.

A esas ideas tradicionales, martilladas en el espíritu de los súbditos por la cátedra sagrada y por la costumbre, no hubo medio de oponerse por medio de propaganda revolucionaria. Imprenta no había; tribuna popular no había. ¿Cómo realizar propaganda? ¿Có-

mo adquirir ideas nuevas? ¿Cómo iniciar una revolución y llevarla a término?

No existían más elementos propicios que aquellos de las clases ricas. Podían viajar y adquirir en el extranjero noticia exacta de las ideas que empezaban a prevalecer en el mundo y de las conmociones que estas ideas produjeron en Francia y Anglo-América. Estos viajeros solían traer a las colonias, subrepticamente, libros; los leían y divulgaban entre sus íntimos, exponiéndose a los rigores de la Inquisición, que los prohibía todos, y que aconsejaba el denunciado de criados contra amos, de hijos contra padres, de padres contra hijos.

De ahí, pues, que la revolución la comenzaron en América los únicos iniciados, una oligarquía, la clase pudiente criolla. Por eso la revolución fué oligárquica y se realizó en los Concejos Municipales, único Cuerpo de función pública, aunque de carácter meramente administrativo, donde los criollos de pro tenían acceso.

Las potencias extranjeras con colonias en las Antillas, sobre todo Inglaterra, propiciaron por odio a España la propaganda subversiva, por medio de lecturas y noticias que aprovechaba exclusivamente la casta superior, los hombres del Concejo Municipal.

Esta institución popular, herencia de Roma, que las poblaciones de España habían sabido conservar al través de todas las vicisitudes y todas las usurpaciones de la Monarquía austriaca, la madre España la transmitió a la América. Los cabildos o Concejos Municipales, instrumentos de la libertad administrativa de las ciudades, fueron los que sirvieron de cuna, en toda América, a la libertad política, jugarretas del destino. La más liberal institución de la monarquía absoluta iba a servirle de mortaja al imperialismo español. En estos Cuerpos, por otra parte, los cargos solían venderse, y no producían a los poseedores sino satisfacciones de vanidad. La Revolución comenzó, pues, municipal e incruenta (1).

El pueblo vivía ayuno de novedades. El día de la Revolución no supo a quién inclinarse. Se inclinó hacia lo que estaba acostumbrado a obedecer y seguir: hacia los defensores del Rey. No podemos culparlo, pero debemos lamentarlo. Por ello fué tan sangrienta la lucha; por ello asumió caracteres de guerra civil y, en una población dividida en castas opuestas, de guerra social. Es decir, de lucha de clases.

El elemento absolutista inducía a la obediencia y el pueblo obedecía sin trabajo. El campo estuvo contra la ciudad; los negros esclavos contra los Municipios libres, la barbarie contra la civilización. Los patriotas ofrecían la libertad a los negros esclavos y los negros esclavos seguían a los caudillos del absolutismo que no les ofre-

(1) Lo mismo que la revolución que se inicia en Venezuela después de la muerte del monstruo. Hay otras analogías, como se verá.

éían quimeras abstractas sino realidades tangibles: el saqueo de las propiedades, la muerte de los antiguos amos, la violación de las mujeres blancas y la impunidad en cambio de apoyo. Todo en nombre del Rey Católico. ¿Cómo no iba a seguir en tropes a Boves, a Yáñez, a Morales?.

Tales promesas no tentaban sólo a los negros esclavos, sino a los negros libres, a los indios, a los mestizos, a los mulatos y a los blancos. En resumen, a la mayoría popular, a los campesinos de todo pelaje. “Los venceremos y después descansaremos en el seno de sus familias”, prometía Boves, el peor y más eficaz y prestigioso de aquellos espontáneos caudillos absolutistas, a quienes seguían veinte mil llaneros.

Morales y otros Canarios, por su parte, se enriquecían con el despojo de los patriotas. No fueron los únicos: algunos españoles rivalizaron con ellos. Más tarde muchos patriotas hicieron lo mismo con bienes de españoles. El saqueo fué por turno: primero, los realistas contra los patriotas; después, los patriotas contra los realistas. Pero la mayoría se contentó sólo con aprovechar de momento y destrozár la riqueza pública.

Era una guerra sin mañana, nadie atesoraba, nadie tenía confianza en el futuro ni en que aquel desorden permaneciera. Lo que no podía utilizarse quedaba al punto destruído, por el hierro y por el fuego. Tal parecía la consigna bárbara de los absolutistas, ya españoles, ya americanos. Los patriotas tomaron desquite en propiedades de enemigos. Guerra a muerte a la propiedad, parecía la consigna.

Quando la República, triunfante, entregó a los jefes Republicanos los bienes expropiados a los españoles, les entregó haciendas por resembrar, casas por reconstruir, hatos por fundar de nuevo. La economía nacional y el orden fiscal estaban hechos polvo. A los servidores públicos se les pagaba mal o no se les pagaba. A los militares se les pagaba en papel que estos sacrificaban en sus apremios hasta por la décima parte de su valor.

De 1823 a 1827 Páez, que dominaba en Venezuela, no tenía mejor arbitrio rentístico que las contribuciones directas. Los pocos ricos, llamémoslos así, que quedaron en Venezuela, españoles y americanos realistas, emigraron ellos y sus capitales después de la batalla de Carabobo en 1821. No había un céntimo y el gobierno de Páez recurría a los empréstitos forzosos hasta 1827. En 1827 regresó Bolívar a Venezuela y reformó el régimen fiscal.

En Nueva Granada ocurría algo semejante. Cuando Bolívar llegó allí en 1826, después de haber estado ausente por cinco años en la empresa de libertar la América del Sur, encontró el más espantoso caos administrativo y la mayor pobreza. Santander había sido tan

pésimo administrador allí como Páez aquí. Sólo él estaba rico en Nueva Granada, como sólo Páez tenía algo en Venezuela.

En Venezuela, paniaguados del gobierno recaudaban las rentas públicas que se evaporaban sin saberse a menudo cómo. No se llevaban estricta cuenta y razón de las recaudaciones e inversiones. Los contribuyentes que podían eludir al pago lo eludían. Muchos no tenían en realidad, cómo satisfacer al fisco. Las Oficinas de recaudación solían ser también de distribución. Los Comandantes militares podían disponer de las Rentas en las Oficinas de recaudación. En fin, desorden administrativo y miseria pública.

Nadie se dedicaba a la agricultura. Desde el día de la paz, acaso por la inseguridad del campo, todos querían ser comerciantes. Como no tenían ni escuela práctica ni capacidad, fracasaban (2). Era el paraíso del desorden fiscal y económico en ambos países.

Guerra social espantosa la guerra de la independencia en Venezuela. Todas las fuentes de producción estaban cegadas. Las castas, a pesar de una lenta evolución democrática que iba efectuándose, continuaban malqueriéndose.

Todavía en 1817 amenazó Piar a la República, con una guerra de colores, amenazando destruir la evolución democrática iniciada por la Revolución. Bolívar, dándose cuenta del peligro, lo hizo juzgar por un Consejo de guerra y lo fusiló. Mariño, Páez, Santander, Bermúdez, Obando, Carujo, fueron sólo enemigos del Libertador. Por tanto, menos peligrosos. El peligro estaba en Piar en 1817, en Padilla en 1828. Ambos murieron fusilados.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Toda la riqueza nacional había sido destruída, más que gastada, por la Revolución y por la Reacción. Sólo un problema cambió de aspecto, venció al tiempo: el problema étnico. Quizás, más bien, se agravó con las matanzas sistemáticas y premeditadas del elemento blanco, por Boves y otras fieras.

La independencia realizada por Bolívar fué una obra de civilización hecha con bárbaros. Fué la pasión política de la independencia realizada con hombres que no tuvieron pasión política desinteresada y comenzaron siendo esclavos voluntarios del Rey.

Los hombres que realizaron la independencia quedaron más pobres que antes los unos y tan pobres como antes los otros. La riqueza nacional no cambió de manos: había desaparecido. La miseria de Venezuela al terminar la guerra era espantosa. Nadie tenía nada. Nada valía nada.

(2) Revista de Hacienda, vol. III, N.º 5.—Caracas: julio-sep. 1937.

No sólo se destruyeron por la barbarie desencadenada tres siglos de cultura española, como decía Bolívar, sino que concluyó estúpidamente con la obra económica de tantas generaciones laboriosas y en proporción que hoy nos espantaría si se tradujera en cifras. La población quedó reducida en una tercera parte.

No había lucha de civilización contra barbarie, se pensará. Todos eran bárbaros. En tal razonamiento la lógica aparece triunfante, pero por debajo de lo lógico, late la vida. La realidad tiene explicación para todo.

Los oligarcas criollos, los primitivos iniciadores de la Revolución y, con extensión las ciudades, Caracas, Valencia, Cumaná, Barcelona, representaban, en efecto, los tres siglos de la cultura que nos legaba España. Los campos y las castas inferiores, la barbarie americana o africana puesta en movimiento por bárbaros caudillos espontáneos de Canarias, España y de la misma América.

Pero se fué haciendo poco a poco la difusión de las ideas liberales entre los americanos y los americanos fueron poco a poco entrando al servicio de la patria. Precisamente ganarlos para la patria fué trabajo de Hércules, el más obscuro y eficaz, de Bolívar a otros patriotas.

Esos elementos trajeron a la Revolución cuanto habían aprendido, así en bien como en mal, en el campo realista y en el servicio de Antioñanzas, de Monteverde, de Boves, de Yáñez, de Calzada, de Zuazola, de Rosete, de Morales. Lo espontáneo en muchos de ellos y de su escuela era la muerte y la destrucción. Guerra sin cuartel a las personas, guerra sin cuartel a las propiedades. No pensaban que arruinaban a la patria y no sólo a los enemigos. Había, hasta cierto punto, que dejarlos hacer porque de lo contrario, volverían a las filas españolas. Se luchaba todavía por los hombres, por ganarse los pueblos. La disciplina pasaba a segundo término. La humanidad, a tercero. El concepto de propiedad, al último. Matar, robar, destruir: ese era el ideal de muchos. En nombre de qué, no importaba. Si eso no es barbarie, habrá que buscarle un nombre peor.

Nadie ha expuesto mejor aquel fenómeno con que se encontraba el día de terminar la independencia, que el mismo Bolívar. En 1828 decía al coronel Perú de Lacroix: "En los primeros años de la independencia se buscaban hombres, y el primer mérito era ser valiente; de todas clases eran buenos con tal que peleasen con brío. A nadie se podía recompensar con dinero, porque no había: sólo se podían dar grados militares para estimular el entusiasmo y premiar las hazañas. Así es que hombres de toda casta se hallan hoy entre nuestros generales, jefes y oficiales. La mayor parte de ellos no tiene otro mérito que el valor brutal, que ha sido tan útil a la República; haber matado muchos españoles y haberse hecho temibles. Negros, zambos, mulatos, blancos, hombres de todas clases, que en el

día, en medio de la paz, son un obstáculo para el orden y la tranquilidad, pero fué un mal necesario”.—(*Diario de Bucaramanga*).

El mismo día de la paz aquellos colaboradores, preciosos para obtener la emancipación, iban a ser el peor cimiento para erigir la República. Es decir, la división de castas, la ignorancia y la barbarie campesina fueron fatales, al iniciarse la República; y la mezcla de castas, la ineducación política y la ignorancia han sido fatales a la República, al Orden y al Progreso. Resumen: mientras no se fundan todas, habrá peligro y retroceso.

Bolívar realizó la independencia de Venezuela contra el querer de las mayorías de Venezuela; y Bolívar y el tiempo, unidos, convirtieron a los realistas en republicanos, a los súbditos del Rey en ciudadanos de la República; y entremezclaron las castas.

El propio Bolívar que sabía a qué atenerse escribe al general Santander, años adelante, furioso o fingiendo furia contra los venezolanos que hablaban de principios: “no quiero nada con esos abominables soldados de Boyes, con esos infames aduladores de Morillo; con esos esclavos de Morales y de Calzada. A ellos obedecían y querían los fieros republicanos que hemos libertado contra su voluntad, contra sus armas, contra su lengua y contra su pluma y que hoy no quieren obedecer a nuestras Leyes”.—(*Archivo de Santander*).

De 1826 a 1830, los antiguos guerrilleros realistas, Obando en Colombia, Carujo en Venezuela y los isleños absolutistas de Caracas se llamaron a sí mismos liberales. Toda aquella prédica de liberalismo por los antiguos sostenedores del Rey absolutista no era sino reacción antiboliviana propiciada por el pérfido Santander en Colombia y el tártaro Páez en Venezuela. Después Páez gobernó en Venezuela con una oligarquía conservadora y Santander extremó en Colombia el centralismo de Bolívar contra el cual protestaba.

Obando, Carujo, Santander, Páez, los canarios, los caraqueños y los granadinos invocaban ideas avanzadas contra el hombre a quien debían hasta poder pensar libremente y poder libremente estampar su pensamiento. Detrás de aquellas invocaciones de principios veía Bolívar claramente el desorden; y detrás de aquel desorden, como razón última, la envedijada y aún no resuelta en Venezuela cuestión de raza, que tan hondamente lo preocupó.

“¡Qué marchen esas legiones de principios—escribía el Libertador—a parar el trote a la insurrección de Páez, si es con ellos y no con los hombres con quien se gobierna! Ninguna ley es capaz de contener a estos esclavos desencadenados. El origen más impuro es el de Suramérica: todo lo que nos ha precedido está envuelto en el negro manto del crimen. Somos el compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encastar con las víctimas antes de sacrificarlas, para mezclar des-

pués los frutos espúreos de estos enlaces con los esclavos arrancados del Africa. Con tales mezclas, con tales elementos morales, ¿cómo poner las leyes sobre los héroes y los principios sobre los hombres? ¡Muy bien! Que esos señores ideólogos gobiernen y combatan. Entonces conoceremos el bello ideal de Haití. Nuevos Robespierres serán los dignos magistrados de esa tremenda libertad”. (1826).

Pasó la monarquía y vino la República, pasó la miseria pública y vino la nueva riqueza; la evolución democrática en los espíritus se ha cumplido. Sólo un problema de los de entonces permanece en pie: la cuestión de razas.

La cuestión de razas fué ayer el mayor obstáculo para la República y sigue siendo el mayor y más grave problema de Venezuela. Sólo los miopes y los estúpidos no lo ven y preguntan en sus periódicos si convendrá la inmigración en esta República. Sólo los tontos suponen que con obras de ornato público se contribuye al progreso social.

Bolívar no. Hombre de genio, vió claro; hombre honrado, dijo lo que pensaba en el bien del país que fundó. Su máxima preocupación consistió en que la población nativa se mezclase con la europea y produjese el criollo del futuro, en el que se fundiesen las tres razas fundamentales de nuestro suelo. De lo contrario, auguró males sin cuento para su patria.

RUFINO BLANCO-FOMBONA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

